

**Encuentro de Educadores Cristianos
Salesianos. El Campello, 27, mayo, 2006**

Jesucristo Maestro, Palabra del Padre

Queridos hermanos y hermanas:

La Palabra de Dios, que acabamos de escuchar, nos da luz para iluminar la respuesta de los cristianos al mandato que Jesús nos hizo: anunciar la Buena Noticia en todos los rincones del mundo. Este es el caso de Apolo, que fue un “hombre elocuente y muy versado en la Escritura”, y que con todo entusiasmo “exponía la vida de Jesús”. También llama la atención el papel que desempeñan unos cristianos, Priscila y Aquila, que acogieron a Apolo “y le explicaron con más detalle el camino de Dios”. La Palabra de Dios nos sigue interpelando a los creyentes de este siglo, y muy especial a vosotros, estimados educadores cristianos. En vuestras manos está la posibilidad de dar a conocer la vida de Jesús, apoyándoos tanto en la Sagrada Escritura como en vuestro propio testimonio de vida.

Por el Evangelio hemos conocido que Cristo mismo se nos revela como Enviado del Padre. Sólo Él puede hablarnos de Dios Padre con toda claridad. De ahí que el único camino que los educadores cristianos tenéis para hablar con palabras de verdad de Dios Padre, sea Jesucristo, a quien sus discípulos y los que le escuchaban llamaban con toda razón el Maestro.

Reconocimiento y gratitud

Con mi saludo cordial para todos, una palabra sincera de reconocimiento y gratitud por vuestro trabajo de cada día, cuyas dificultades percibís vosotros más cerca que yo. Seguid llevando a cabo la tarea que os ha sido encomendada en el campo de la educación con ilusión y esperanza. El Señor, que es buen pagador, os recompensará con creces.

Hoy, más que de vuestra labor educativa, quiero hablaros a vosotros mismos. Estad seguros de que lo que os digo es fruto del afecto que, como Obispo, os tengo y del aprecio que siento por el trabajo que desempeñáis. Sois educadores cristianos y “un enseñante sin vocación, palabras vende, llega a decir S. Agustín, que no razón”.

1.- Sin amor es imposible educar

En la base de cualquier acción educativa, si ha de ser auténtica y eficaz, tiene que estar el amor. Es bueno que lo recordemos de vez en cuando. Educar no es una mera transmisión repetitiva de conocimientos, ni una mera indicación de pautas de comportamiento. Educar es llegar a la profundidad del ser de cada uno de los educandos, y eso sólo puede lograrse desde el amor. Sin amor personalizado a cada niño, adolescente o joven, no es posible educar. El amor es el que posibilita la comunicación, el que logra el encuentro personal del educador con el educando. Amamos a cada persona, si la aceptamos tal como es, sin fugas ineficaces hacia el mundo de lo que nos gustaría que fuera. No quiere decir esto que todo nos parezca

bien: la realidad y, sobre todo la persona, debe cambiar para bien merced a nuestra labor educativa.

Es preciso amar, sí, aunque no se obtenga la correspondencia esperada y debida. Ante la falta de respuesta afectiva, manifestada a veces en cierta desconfianza, lejanía, indiferencia o desinterés por parte del educando, el educador cristiano reacciona con la paciencia del que tiene amor porque “la caridad es paciente, ser servicial... no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. La caridad no acaba nunca” (1Cor, 13). La educación exige del educador un ‘plus de amor’. El amor del educador exige de éste permanente purificación y cultivo diario para que pueda llevar, con serenidad y con paz, la cruz inherente a la tarea educativa.

2.- La cruz del educador

He querido conscientemente unir estas dos realidades que son como el anverso y el reverso de la labor educativa: el amor y la cruz. El uno lleva a la otra.

En vez de perdernos en juicios comparativos para ver si hoy es más fácil o más difícil educar que antes, tratemos de aceptar la realidad como es, con sus luces y sus sombras, movidos por el deseo de responder al tiempo que nos ha tocado vivir, el único con que contamos. Pues bien, hay una experiencia que frecuentemente vivís los educadores, que os resulta particularmente dolorosa y que os puede conducir a la desilusión y al desaliento. Es la constatación de que una labor, que inicialmente era fácil, espontánea y gratificante, apoyada en la plena comunicación y confianza entre el educador y el niño, a partir de cierta edad, comienza a ser difícil. La comunicación parece hacerse costosa, cuando no imposible. Sin cierta identificación personal se hace difícil la transmisión de contenidos, criterios y valores de parte del educador. La acción educativa, lejos de resultar gratificante, comienza a ser motivo de sufrimiento, en ocasiones al menos, hartamente doloroso.

Estas dificultades no son sólo fruto de la evolución psicológica del niño que llega a adolescente. Parece como que hubiera un mundo de valores en el que los educandos están inmersos y que va configurando poco a poco su personalidad, un mundo que no es propio del educador, sino muy distinto. Tan es así, que puede crearse entre educador y educando una distancia grande; no se logra fácilmente el mutuo entendimiento, la verdadera comunicación. Da la impresión en tales casos de que no sintonizamos con ellos, que nos movemos en órbitas distintas. No se trata de dramatizar indebidamente ni de magnificar o empequeñecer la verdad objetiva que se oculta detrás de estas percepciones, no sé si suficientemente precisas, pero sí auténticamente reales.

Los educandos, sin embargo, aunque sean distintos de nosotros mismos, no pueden sernos ajenos. Nos tienen que seguir interesando, no por lo que de ellos podamos esperar, sino por lo que deseamos que ellos sean. Frente al desengaño y a la frustración, el amor puede exigirnos que revisemos nuestra manera de situarnos ante quienes son distintos de nosotros. Tenemos que reconocerles el derecho a ser distintos, sin que esto acarree la lejanía de la incomunicación. Sé que esto conlleva dolor cuando nos movemos en el ámbito de la educación moral. ¿Cómo animarles a vivir como hijos de su tiempo, sin condescender por eso en formas de actuación que son contrarias a un proyecto de vida plenamente humano y cristiano? Ni el rigorismo, ni el permisivismo pueden llevarnos a buen puerto. En cambio, la insistencia en la necesidad de transmitir unos valores auténticos a la juventud para llenar el vacío que

su carencia arrastra consigo, está plenamente justificada. Asumir la cruz por amor es camino seguro de resurrección.

3.- Testigos de lo que significa vivir como cristianos hoy

Educamos dentro de una sociedad que no siente, piensa y actúa en cristiano. Recae, por ello, sobre vosotros el reto de ofrecer la imagen, no sólo teórica sino visible, palpable, de lo que significa verdaderamente ser cristianos en el momento que nos toca vivir, aquí, en nuestra tierra. La síntesis entre la vida y la fe cristiana realizada en cada uno de vosotros, aunque tocada por las limitaciones humanas, ha de ser especialmente significativa para quienes esperan encontrar en vosotros modelos de identificación como cristianos. Progresiva y esforzadamente lograréis poner en evidencia que el mundo de hoy y la fe cristiana son las dos referencias irrenunciables en la vida del auténtico cristiano. De vuestras vidas dependerá la verdad 'existencial' de lo que transmitís. "Vuestro testimonio, aseguraba Juan Pablo II en Fulda en 1980, es indispensable para la comunicación del mensaje de Jesús... En el testimonio está el servicio más importante que vosotros, como profesores de religión, o profesores cristianos de otras materias, podéis ofrecer a vuestros alumnos, para que ellos en el trato con vosotros experimenten la afabilidad del Señor; que el respeto a Dios y la unión a la Iglesia lo aprendan de vuestro comportamiento; que comuniquéis el gran valor de la oración y de la Eucaristía no sólo con palabras, sino también con vuestro personal testimonio de vida". Y la devoción a la Virgen Madre.

Otra palabra alentadora. Preguntaron al famoso arzobispo brasileño D. Hélder Cámara, con ocasión de un viaje a Madrid: "¿En qué consiste colaborar en la educación?" Él contestó: "Lo indispensable para educar es que lo que el educador diga con palabras lo enseñe con la vida. Si la vida no acompaña no sirve para nada. Es bueno interpelar con fuerza, con delicadeza, para tocar el corazón de los jóvenes. Pero la fe tiene que ser vivida, y esto los jóvenes lo perciben, pues lo más significativo para ellos es el testimonio. El educador ha de asumir la responsabilidad de apoyar con su propia vida lo que intenta transmitir. Si es así, será creíble, y entonces la educación en la solidaridad y en la acogida del otro pueden cambiar muchas estructuras actuales".

Sé que no es fácil, repito, la tarea que traéis entre manos. Y puede parecer que se os pide algo imposible. Desde el punto de vista humano y puramente individual, la tarea supera nuestras fuerzas. Pero contamos con la ayuda del Espíritu Santo que nos regala el don de sabiduría y el de ciencia: contamos también con el apoyo e intercambio de experiencias de unos con otros. Estos encuentros son enriquecedores para todos.

Mis palabras, por tanto, quieren ser de aliento y de estímulo para todos. Desde la visión que nos ofrece la fe cristiana de la persona humana y su dignidad, vuestra misión de educadores se ilumina y valora. En las personas se refleja el rostro de Dios que ha de brillar más cada día en cada una de ellas gracias a un trabajo en el que vosotros jugáis un papel insustituible. Importante a los ojos de Dios y de los hombres.

Vamos a seguir celebrando la Eucaristía. Por vosotros, por vuestros alumnos y alumnas. Por la fidelidad a vuestro compromiso y por la perseverancia en la tarea, humana y cristiana, eclesial.

+ Rafael Palmero Ramos